Valparaíso: memoria del mercado y encuadramiento de la identidad (la patrimonialización como modernización neoliberal)

Pablo Aravena Núñez

"Erigimos un teatro de la ópera en la Bastilla. Rehabilitación irrisoria: servirá para ofrecer al pueblo música regia. Con lo que tampoco disfrutará de ello, pues quien acudirá será la gente culta verificando la regla que dicta que los privilegiados consagren de buen grado mediante el arte y el placer los lugares donde los otros han muerto".

Jean Baudrillard, 1993

En este capítulo, dedicado a la gestión patrimonial en Valparaíso, nos proponemos plantear algunas observaciones respecto del sentido más profundo que podría tener el proceso de patrimonialización de parte de la ciudad. En contra de lo aparente, dicho proceso es leído aquí no como un conjunto de medidas destinadas a la conservación, sino a la modernización en su sentido neoliberal, es decir, un proceso donde el Estado se limita a un rol facilitador de la inversión de privados, sin plan, normativa ni regulación, cifrando las expectativas de reactivación económica de la ciudad en los servicios y el consumo, en este caso de intangibles, como es el turismo y sus actividades asociadas. La ausencia de medidas de planificación social, o tan siquiera paliativas de todo lo que el turismo y los servicios no pueden dar a la ciudad en términos económicos, genera grandes niveles de cesantía y precarización general de la vida de los habitantes de Valparaíso.

Pero la gestión patrimonial no se ha limitado a este puro aspecto, pues para allanarse el camino ha instalado, a partir de la proyección de una imagen o estereotipo de la ciudad, una suerte de "pseudo-memoria" por la que no se consigue comprender el presente ni pensar alternativas reales de futuro (acordes tanto con las necesidades

locales como con las condiciones de posibilidad históricas). Entonces, lo que resulta sacrificado es el acceso histórico al pasado, suplantado por una "memoria patrimonial", cosificadora del pasado y esencializadora de la identidad, que tiene un rendimiento *presentista*, en el concepto de Hartog (2007).

En definitiva lo que planteamos es que la patrimonialización como forma de modernización neoliberal de la ciudad —es decir, el proceso en que los aparatos del Estado instalan dispositivos que tiendan a articular "lo patrimonializado" con el mercado global del turismo y la cultura— no sólo tiene una expresión económica concreta, asociada a una serie de exclusiones sociales, sino que también —jugando con la representación del pasado y la redefinición de la identidad— tiene un efecto concreto en nuestra subjetividad: la pérdida de la experiencia histórica de la ciudad.

Parte de la recuperación de esta dimensión pasa por activar en la memoria social de la ciudad el pasado portuario, dispuesto como un relato "genealógico" a partir del cual se logre iluminar la emergencia del presente que nos constriñe. Es precisamente este el objetivo del primer apartado de este capítulo. En el segundo planteamos algunas constataciones e intuiciones a partir de la propia experiencia como habitante de la ciudad dedicado profesionalmente a estudiar los "usos públicos de la historia" y las relaciones que los sujetos establecen con el pasado, evidenciando la voluntad institucional y política de impulsar un nuevo relato patrimonial para Valparaíso. En la última sección examinamos en abstracto lo que denominamos "la alternativa patrimonialista", es decir, los agenciamientos ciudadanos que enarbolan el patrimonio como bandera de lucha contra fenómenos derivados de la patrimonialización, como son el avance de los grupos inmobiliarios o la entrega de los espacios públicos a centros de consumo.

El comienzo (una tentativa histórico-genealógica)

La gestión patrimonial es la última —la más actual— modernización que ha sufrido la ciudad, y como tal genera los efectos de toda modernización: la producción de residuos humanos o "humanos residuales" (Bauman, 2005). Es justamente en esta condición que han devenido sus habitantes históricos, viviendo ahora en un presente

ajeno, es decir en el que no reconocen su autoría ni tampoco hallan un espacio que les permita el despliegue de sus pretensiones históricas. En consecuencia, en Valparaíso el presente se extiende fagocitando el pasado y obturando el futuro. El acceso patrimonial al pasado (el pasado como mercancía) disuelve la lectura histórica de la ciudad dejándonos sin claves para comprender la fisonomía del presente y, por lo tanto, sin posibilidad de un planeamiento futuro ajustado a la realidad, es decir, con posibilidades más o menos ciertas de incidir en el curso de los acontecimientos.

La actual oleada modernizadora del puerto (iniciada a fines de los años 70' con la persecución de los sindicatos por la dictadura de Pinochet y continuada con la hipertecnologización de las labores de embarque, la monopolización de éstas bajo los llamados "monooperadores", y la consecuente prescindencia y devaluación del trabajo humano) ha acabado con las condiciones materiales de la sociabilidad y cultura portuaria, pero a la vez impulsándolas como el bien cultural más valioso, "el más patrimonial". Se da así una particular paradoja: el objeto más deseado es el más ficticio, el —hoy— menos posible de todos. Esta contradicción es la clave de la lectura patrimonialista de la ciudad, potenciando una relación nostálgica con el pasado local, ya asentada en los habitantes producto del evidente declive económico y social iniciado a mediado de esa década. La nostalgia no es inocua, sino que tiende a propiciar una suerte de renuncia al futuro y un abandono en el presente a partir del convencimiento de que "lo mejor ya pasó".

Pese a las apariencias, la gestión patrimonial de Valparaíso, con sus ficciones, espectáculos y cosificación del pasado, efectúa una eficiente censura de su historia, pues hoy el pasado de Valparaíso es producido, ofertado y demandado. Accedemos a él como mercancía cultural, no como historia, memoria ni tradición. "Hay dos formas de olvido: o bien la exterminación lenta y violenta de la memoria, o bien la promoción espectacular, el paso del espacio histórico al espacio publicitario" (Baudrillard, 1993: 41). En efecto, "la ciudad de Valparaíso es habitada visualmente" ha sostenido el filósofo chileno Sergio Rojas a propósito de la obra fotográfica *Valparaíso Revisitado* de Rodrigo Casanova. Significa esto que existe un Valparaíso "editado" (en calendarios, postales, afiches de turismo, ropas veraniegas y

suvenires) que ha ido conformando el imaginario visual de la ciudad, es decir una "imaginación disciplinada, regulada" (Rojas, 2009: 87).

Sin embargo, no es el destino particular de Valparaíso, pues es posible constatar que el pasado se ha vuelto materia de consumo privilegiada en todos aquellos lugares en los que se han extinguido los motores industriales que antaño animaban la economía y sostenían la sociedad. La denominada "gestión patrimonial" constituye la más actual estrategia modernizadora del capitalismo, pues convierte en mercancía todo aquello que aún se resistía (la memoria, la historia). Bauman lo ha señalado claramente: la etapa industrial dio paso a una "sociedad de producción".

> Esa forma más antigua de sociedad moderna utilizaba a sus miembros principalmente como productores y soldados (...). Pero en su actual etapa moderna tardía (Giddens), moderna segunda (Beck), sobremoderna (Balandier) o posmoderna, ya no necesita ejércitos industriales y militares de masas; en cambio, debe comprometer a sus miembros como consumidores. (2005: 106).

Valparaíso —o al menos parte de él— se ha entregado a la "producción", oferta y consumo del pasado o mero exotismo, no de otro modo son dispuestas en el circuito del turista el Barrio Puerto, La Matriz, la casa de Neruda (La Sebastiana) y las rehabilitaciones de la cultura popular (lo "guachaca").

Pero ¿cuándo y cómo se inició un proceso tal? La forma de contestar esta pregunta (la tentativa histórico-genealógica) ha de ser explicitada en este punto. La genealogía, en el planteamiento foucaultiano, apuesta por la articulación entre determinantes humanizadas y contingencia para explicar los orígenes innobles del presente, se logra mediante una erudición que escarba en fuentes no oficiales[1] para tramar un relato en pugna con las narrativas canónicas, o

[1] En el año 2005 editamos el libro *Trabajo, memoria y experiencia. Fuentes para la historia de la modernización del puerto de Valparaíso* (Aravena, Pablo, Cataldo, Bernardo, Contreras y Nayadet, 2005). Dicho volumen fue el resultado de un proyecto que tuvo por objetivo la construcción de doce documentos orales de trabajadores, pequeños empresarios y dirigentes portuarios.

"sistematizaciones formales" de la historiografía o sencillamente contra el olvido social. Es en este sentido que reivindicamos dicha vía de comprensión para entrar al presente de Valparaíso.

Como para tantos otros fenómenos de la sociedad chilena, se debe buscar en la fase de instalación de la dictadura (1974-1981). La emergencia del Valparaíso patrimonial tuvo como condición la destrucción del Valparaíso portuario por obra del régimen de Pinochet, pero la patrimonialización de la ciudad ha sido efectuada por los gobiernos democráticos de la Concertación de Partidos por la Democracia.

Hasta 1981 los diez principales puertos de Chile, entre ellos Valparaíso, estaban administrados bajo un sistema unitario dirigido por EMPORCHI (Empresa Portuaria de Chile) fundada en 1960, la que gozaba de exclusividad en administración, manipulación, traslado y almacenaje de la carga, desde las naves hasta el recinto portuario y viceversa. No obstante, con motivo de las "reestructuraciones" planeadas por el equipo económico de la Junta Militar, a partir de 1981 se dictó e implementó un conjunto de decretos-leyes que tuvieron como objeto aminorar la fuerza de las organizaciones sindicales portuarias, restar injerencia al Estado en la dirección y administración portuaria y abrir camino a la participación privada. Estos fueron los decretos de Ley N° 18.032, publicado el 25 de septiembre de 1981, y el N° 18.042, publicado el 15 de octubre del mismo año.

La Ley 18.032 puso fin al "sistema de matrículas", que desde 1966 garantizó la estabilidad y seguridad laboral portuarias. Este sistema se traducía en la propiedad del trabajo por parte del trabajador, la matrícula era extendida por el sindicato como una especie de licencia o título que acompañaba al trabajador de por vida, era en efecto su capital. Fue un logro sindical que terminó perfilando a los estibadores (la mayor fuerza de trabajo del puerto) como un verdadero gremio, desarrollando consecuentemente una "conducta monopolística" de la actividad que desarrollaban (Harvey, 2014:124). Esto les permitía acceder a unos salarios elevadísimos por turnos de trabajo muy limitados (seis horas), lo que implicaba gran dosis de tiempo libre asociado a considerables excedentes económicos en posesión del mundo popular. Sumado a los dólares de los marinos mercantes extranjeros (que en el antiguo modelo debían recalar al menos seis días para descarga y embarque), constituyeron el secreto de la sociabilidad

porteña y su cultura popular. Valparaíso era posible en un intersticio del capitalismo comercial transoceánico en que los trabajadores tenían poder social (por la organización sindical) y económico (por el monopolio de sus actividades), y donde la velocidad del comercio no entraba aún en la actual fase de aceleración electrónica.

Estibadores de Valparaíso.
Fuente: Nosotros los chilenos N°18: "Así trabajo yo", Santiago de Chile, Editora Nacional Quimantú, 1972.

El capitalismo en su fase neoliberal encuentra una de sus contradicciones justamente en este punto: necesita de la cualificación de la mano de obra, pero tiende "a la abolición de las habilidades monopolizables" y a "socavar su carácter de monopolio potencial abriendo abundantes avenidas para la formación en ellas y reducir el coste de ese trabajo" (Harvey, 2014: 125-126). Así es como al abolir el sistema de matrículas, se terminó con el control de los sindicatos sobre los puestos de trabajo, autorizando en su reemplazo "el ingreso de cualquier trabajador que reuniera las condiciones mínimas de idoneidad física para desempeñarse en los puertos tanto en faenas en tierra como de abordo" (González, 1996: 58). La tesis de la dictadura, en efecto, era que esta ley respondía a la necesidad de eliminar el

"monopolio" que ejercieron por muchos años los sindicatos portuarios sobre la mano de obra, así como los "excesivos" gastos en seguridad y beneficios.

El Decreto Ley N° 18.042 puso fin a la exclusividad de EMPORCHI sobre los puertos nacionales, y en su reemplazo creó un número de sociedades anónimas, cuya adjudicación de las labores portuarias obedeció a una lógica vertical informal en favor de grupos proclives al régimen. Este nuevo modelo portuario estableció como principio la privatización de las funciones de porteo, como también de la infraestructura, la que, si bien seguía siendo estatal, se entregaría en concesión, dando paso a la era de las licitaciones.

El primer decreto apuntó a mermar la fuerza de los sindicatos sobre materias de empleo, sueldo y negociaciones, a lo cual hay que sumar el Decreto Ley N° 2.756, que terminaba con los sindicatos por área de producción e implementaba los sindicatos por empresa, y que coadyuvado con la Ley N° 18.042, que privatizó las faenas del puerto, dejaba al trabajador desprotegido frente a las nuevas dinámicas que regirían a partir de ese momento el mercado laboral.

En 1985 los sindicatos y confederaciones de trabajadores portuarios iniciaron movilizaciones a nivel nacional. Debido a la magnitud de las acciones, la dictadura debió sentarse a dialogar con las organizaciones, las que a pesar del grado de violencia y amedrentamiento al que estuvieron expuestas a partir del golpe de Estado pusieron sobre la mesa un pliego de peticiones que consideró fundamentalmente la inseguridad laboral, la estrepitosa caída de los sueldos y, sobre todo, la casi nula fiscalización del Ministerio del Trabajo sobre contratos y beneficios. Durante el año 1986, el gobierno en conjunto con las empresas determinó crear las llamadas "Bolsas de Trabajo", sistema que consistió en la formación de una planta estable de trabajadores contratados, lo que dio cierta estabilidad laboral. Sin embargo, este modelo absorbió sólo un 40% de los trabajadores, dejando al resto sujeto a turnos eventuales que podían demandar las pequeñas y medianas empresas.

El conjunto de prácticas y leyes dictadas entre 1973 y 1981 institucionalizaron un nuevo esquema laboral que permitió flexibilizar la contratación de mano de obra y las condiciones de trabajo, más aún, liberó a los empleadores del pago de los beneficios sociales con que habían contado los trabajadores por muchos años. El

de licitaciones obligó a las organizaciones de trabajadores portuarios a pronunciarse sobre el tema: les preocupaba el costo que deberían asumir debido a las licitaciones. Por lo demás, las nuevas empresas que administrarían sectores del puerto no garantizaban ya su estabilidad laboral. En la década de 1990 elevaron un conjunto de peticiones en las que figuraron: jubilaciones para quienes no se reintegrarían a las labores portuarias, reinserción laboral, y contrataciones de personal. Las pensiones que se entregarían a aquellos trabajadores incorporados al programa de jubilaciones anticipadas que ofrecía el gobierno sufrieron una considerable devaluación en los años ochenta, debido a la obligatoriedad de traspaso al sistema de AFP.

El alto porcentaje de cesantía que provocó el modelo de licitaciones, la desprotección previsional que afectó, además de los trabajadores portuarios, a los trabajadores del sector público en general, se transformó en una causa nacional de los trabajadores. Las respectivas organizaciones convocaron a una movilización para el 14 de julio de 1999. Este acontecimiento es conocido con el nombre de "el puertazo", la última manifestación obrera-portuaria de Valparaíso, esta vez para negociar sus propias condiciones de extinción.

Protesta en el contexto de "El puertazo", Valparaíso, 14 de julio de 1999.
Fuente: Punto Final, http://puntofinal.cl/990723/nac.html

A pesar de haberse asignado una cantidad considerable de recursos en indemnizaciones y jubilaciones, muchas de ellas no se pagaron en su totalidad, habiendo hasta hoy juicios pendientes. La "reconversión laboral" fue solo un eslogan, es decir, mientras un grupo de trabajadores se convirtió en trabajadores independientes (dueño de un almacén o de un taxi), una parte importante de ellos no supo invertir sus fondos, y otra quedó percibiendo una escuálida jubilación que les alcanza malamente para cubrir necesidades básicas.

El Valparaíso patrimonial y su pasado sin historia

Fue justamente a mediado de los años noventa, época de negociaciones para la reconversión de los últimos trabajadores portuarios y de entrada de los grupos económicos monooperadores, que se registraron las primeras iniciativas, por parte del gobierno de turno, para hacer de Valparaíso patrimonio de la humanidad, lo que implicaba asumir que la situación del puerto era irreversible y apostar por el turismo, la cultura y los servicios como principal motor económico de recambio de la ciudad. La cúpula política de la Concertación de Partidos por la Democracia ya poseía una proyección del futuro de Valparaíso, así al menos se dejó entrever al tiempo en las descuidadas declaraciones de los altos personeros. En 2007, en un programa de televisión de horario estelar, Soledad Alvear (en aquel momento Presidenta del Partido Demócrata Cristiano), señalaba:

> Nosotros tenemos que potenciar las regiones con lo que tenemos como alternativa. Hay regiones que se deben potenciar desde el punto de vista servicios. A mí me gusta hacer una mirada como optimista, miradas como adelante, hacia futuro. Una dice, pero ¿Por qué una región como Valparaíso que tiene tantas universidades, tanta gente tan brillante, no puede ser capaz de pensar que puede ser un Miami en materia de servicios en América latina? Yo creo que es posible (Alvear, 2007).[2]

[2] Declaración de Soledad Alvear, en aquel momento presidenta del Partido Demócrata Cristiano de Chile en el contexto de la

Años más tarde, en una entrevista sobre los orígenes de la sociología en Valparaíso, Ernesto Ottone Fernández (asesor del gobierno de Ricardo Lagos) trazaba una retrospectiva al respecto:

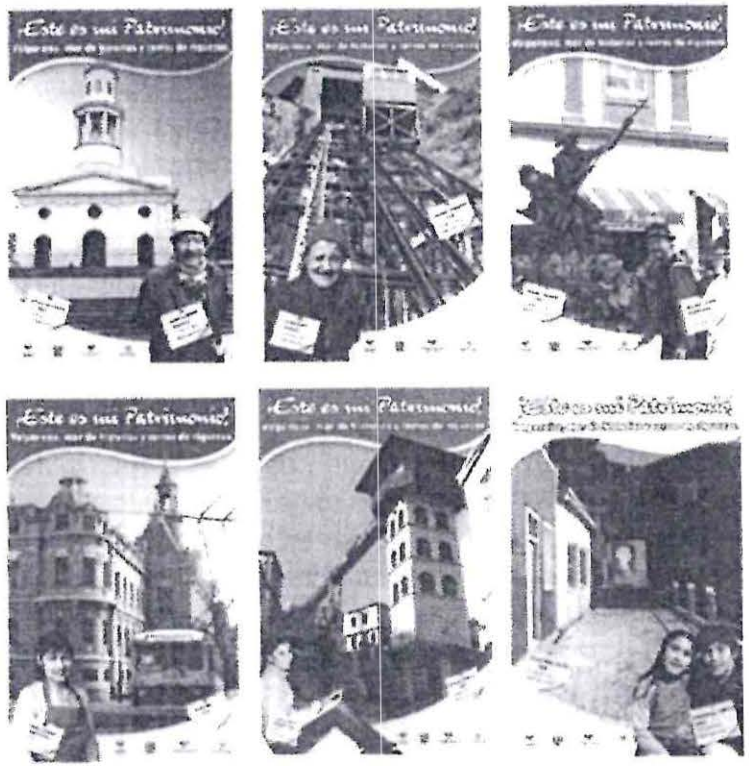
> *R: Perdona, yo siempre he pensado ¿se puede planificar tanto una ciudad como Valparaíso, en que de repente pesa también mucho lo espontáneo?*
>
> E: Pero, ¿lo espontáneo...? ¿Por qué surgieron los restaurantes entre el 2003 y el 2006 y no entre 1995 y 1998 que estábamos creciendo como locos? Claro, tienes que tener un cuento, un relato, nosotros le hicimos un relato a Valparaíso (Leal, 2010).

El Valparaíso patrimonial es el relato concertacionista de la ciudad, es el ingreso de la ciudad a una nueva lógica cultural y a la redefinición de su vocación. Valparaíso ingresa, desprevenida, a la era postindustrial. Así entendida, la patrimonialización de la ciudad fue una operación efectuada "desde arriba" mediante un marketing patrimonial promovido gubernamentalmente desde 1997 (año en el que comienzan las gestiones para hacer de Valparaíso "Patrimonio de la Humanidad") (Aravena y Sobarzo, 2010). La gestión patrimonial —fundamentalmente realizada por el municipio local, CORFO, el Ministerio de Educación y luego por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA)— capitalizará y

> colonizará el imaginario visual de la ciudad para diseñar la propaganda de la instalación de un nuevo modelo de desarrollo económico para Valparaíso: el turístico-patrimonial en reemplazo del antiguo: el portuario. Esa propaganda tendría fundamentalmente tres destinatarios: los turistas (consumidores), los empresarios (inversionistas), y los propios habitantes (entendidos ahora como 'facilitadores') (Aravena y Sobarzo, 2010:62)[3].

Fernando Villegas en el Programa *Tolerancia Cero*, Chilevisión, noviembre de 2007.

[3] Mario Sobarzo ha mostrado, trabajando sobre material de folletería promocional del Municipio y CORFO, como se ejerce una selección, o puesta en valor, de



Dossier de afiches desplegados en los paraderos de microbuses de la ciudad de Valparaíso durante el año 1999.

Desde el inicio de las gestiones para hacer de Valparaíso "Patrimonio de la Humanidad"[4], se ha llevado adelante un despliegue publicitario dirigido particularmente a los habitantes. Se busca

épocas, lugares y personajes de Valparaíso, como también como fueron distribuidos documentos instructivos de "buenas prácticas patrimoniales" entre los vecinos de los barrios incluidos en la zona de declaratoria patrimonial, lo que denominó "gubernamentabilidad patrimonial" (Aravena y Sobarzo, 2010:34).

[4] La declaratoria (UNESCO, París, 2003) no afecta a toda la ciudad, sino a parte de ella. La zona de declaratoria se extiende aproximadamente en un radio de cuatro a cinco cuadras en torno a la Iglesia La Matriz (Barrio Puerto). No obstante, el sector que ha sacado más réditos comerciales y turísticos es la llamada zona de amortiguación, principalmente los cerros Concepción, Alegre y secundariamente Bellavista y Artillería, naturalmente hasta el "límite geográfico-social" de la Avenida Alemania.

acentuar la "riqueza cultural del puerto", asumiendo un pre-concepto de cultura que se asocia a la lógica de lo espectacular, exotizando, folclorizando y de este modo inhibiendo algún tipo de relación con el otro real. Culturales son las "casonas antiguas" de herencia europea, como también los bares y recovecos que nos remiten a una "bullante bohemia de puerto", culturales también son los "ingenios de los ascensores", la "antigua iglesia La Matriz", la "excéntrica casa-museo" de Neruda, las "escaleras interminables" y las "casas colgantes" de los cerros. Así se va armando un collage de la ciudad y que es al que nos remitimos cuando se nos pregunta por Valparaíso.

La patrimonialización ha venido conformando eficientemente un repertorio de objetos, lugares y épocas "dignas de ser recordadas", que lentamente hemos ido asumiendo como la memoria de la ciudad. Se trata de una selección, pero también de una trama prefabricada de la que "participamos" pasivamente, es decir, desarrollando y profundizando sus componentes en tanto reproductores de estereotipos instalados por estrategias de marketing interno, tal como lo ha mostrado rigurosamente Daniela Vargas Francia, el registro promocional de la ciudad asociado a la patrimonialización ha seleccionado imágenes canónicas de un registro anterior: el cinematográfico, sobre los cuales trabaja un tercer registro: el mediático. Todo propende a la producción de un consenso sobre el sentido de la historia de Valparaíso en pro del potenciamiento de una marca: "nuestra constante ha sido la cultura y nuestro futuro es la cultura" (2018: 89).

"Valparaíso: ciudad cultural". Pero ¿a qué nos predispone una imagen tal de la ciudad? ¿Qué futuro se impone convencidos de que somos una ciudad cultural? En este punto entra con fuerza la función del discurso identitario: Valparaíso es distinto porque tiene una identidad particular y esa identidad es el ser cultural. Según lo ha postulado Paul Ricoeur:

> El poder siempre se encuentra vinculado al problema de la identidad, ya sea personal o colectiva. ¿Por qué? Porque la cuestión de la identidad gira en torno de la pregunta '¿quién soy?' y dicha pregunta depende esencialmente de esta otra: '¿qué puedo hacer?', o bien, '¿qué no puedo hacer?'. La noción de identidad se encuentra, por tanto,

> estrechamente vinculada a la de poder (Ricoeur, 1997: 116).

Así entendido, en la definición de la identidad patrimonial los habitantes de Valparaíso se juegan no precisamente su pasado, sino su futuro. No da lo mismo asumir que la seña de esa identidad pasa por lo "bohemio, poético, exótico" (el "collage" Valparaíso) que insistir en el trabajo portuario. En un caso se asume el estereotipo comerciable y en el otro se afirma una estrategia de desarrollo de la ciudad que aparentemente no es la que se ha previsto (una suerte de "contra-identidad"). Esos fragmentos de Valparaíso, que se nos hacen pasar como la memoria de la ciudad, son los demandados por la industria del patrimonio y el turismo.

Figurativamente podríamos decir que el collage del patrimonio es la "memoria del mercado". Fórmula imposible, pero si bien el mercado no es un sujeto (no se plantea dilemas, no decide, ni es responsable), la memoria que impone —a partir de una apelación constante a la emotividad de los habitantes del puerto— encubre una estrategia, o, más bien limita, por impensables, otros proyectos posibles, por ejemplo el de una Valparaíso con una diversificación de pequeñas industrias a partir de la conquista política de una ley que asegure algún grado de tributación de la actividad portuaria a la ciudad (la tan citada Ley de Puertos, invocada casi únicamente en períodos de campaña electoral alcaldicia o parlamentaria).

Es así que por el encuadramiento de la memoria se allana el camino para eliminar oposiciones a un proyecto de ciudad que poco tiene que ofrecer a sus habitantes en términos de cantidad de puestos de trabajo, calidad de éste y bienestar. De este modo son, en consecuencia, convertidos en humanos residuales. Por ello, una de las formas de ejercer ciudadanía en Valparaíso pasa hoy por recordar "por sí mismos". En este punto nos es útil la distinción entre patrimonios "cómodos" e "incómodos" introducida por Ana Reventós Gil de Biedma (tomada a su vez de Llorenç Prats) para el caso de Barcelona. La construcción social que supone la activación patrimonial "de cara al escaparate, supone evidentemente esconder otras visiones de la ciudad y también otros símbolos de ésta" (Gil de Biedma, 2007: 290). Por tanto, el relato hegemónico de la ciudad adquiere ribetes

excluyentes al ser instalado con una potencia comunicacional con la que otros no pueden competir.

> (...) su ubicación y su influencia sobrepasan los límites de la cultura para convertirse en una fórmula de cara al control social (...,) parece idóneo introducir el concepto de patrimonios incómodos, para hacer referencia a aquellos objetos, sitios o manifestaciones cuya existencia no resulta de "utilidad pública" o de "interés social", y que puede llegar incluso a ser molesta, al no encajar o ser contradictoria con los razonamientos culturales del momento (2007:291).

De este modo, los pasados no recordados por la patrimonialización de Valparaíso no son simples omisiones sino formas solapadas de censura sobre imaginación política. Claramente es el pasado del trabajo y organización portuaria la que se nos oculta, la que podría ser recuperada como un "patrimonio incómodo", no para fundar mecánicamente una propuesta anacrónica del tipo "vuelta al pasado portuario" (pues probablemente no sea ya posible), sino en primer lugar para saber que Valparaíso fue otro, que su estado actual era solo una de las opciones posibles. En segundo lugar, para fundar una lectura política del presente, esto es, que nos permita planear el futuro ajustados a la realidad, atentos a las posibilidades y limitaciones derivadas de su historia. Inversamente, lo que hasta aquí hemos tenido es una memoria del presente, es decir la mera afirmación del modelo turístico-patrimonial mediante la cita de las postales ad-hoc del pasado. La historia es memoria para el futuro, que es ante todo lo otro del presente.

¿La alternativa patrimonialista? (a modo de in-conclusión)

A diferencia de la patrimonialización (como hemos señalado al comienzo, un proceso modernizador en que el Estado articula el patrimonio local con el mercado global) lo que denominamos *patrimonialismo* dice relación con unos movimientos "ciudadanos" (la mayor de las veces "cultos") que buscan la conservación de tales o cuales

objetos, usos, paisajes urbanos o barrios. Es lo que hemos visto articularse los últimos años en Valparaíso, primero, frente a la "amenaza" de la construcción de torres de altura tanto en el borde costero como en algunos cerros emblemáticos, lo que se conoció como el movimiento "No nos tapen la vista", y luego frente al proyecto de construcción de un Mall en el sector del muelle Barón (una zona de crecimiento portuario y antiguo polo industrial de la ciudad).

Es imposible obviar que cotidianamente nos encontramos con un sinnúmero de expresiones ciudadanas que levantan la bandera del patrimonio. Cada una de estas expresiones es siempre muy particular y ha de ser caracterizada y explorada en toda su complejidad. Pero suele ocurrir en estos casos que bajo la invocación del patrimonio va incluida una diversidad de objetivos que tienen en común únicamente su apelación al pasado para reclamar derechos sobre el presente. En una palabra: el pasado como un "recurso" político o bien económico, lo que nos sitúa en una práctica no demasiado alejada de la lógica hegemónica de patrimonialización. La cultura entendida como recurso es una idea que atraviesa hoy transversalmente la sociedad, lo que lleva a George Yúdice a sostener que "la cultura en cuanto recurso es el principal componente de lo que podría definirse como una episteme posmoderna" (2002: 45).

Pero lo que nos interesa examinar acá, o al menos dejar interrogado, son las invocaciones al patrimonio de unos sujetos que parecen perseguir intereses no tan inmediatos. Nos referimos a las ya aludidas organizaciones ciudadanas o barriales que, en principio, no parecen estar movilizados por un mero retorno económico sino transformaciones/conservaciones de los modos de vida. Es decir, preguntarnos en qué medida las comunidades generan, o no, una vía alternativa a la pauta hegemónica de la patrimonialización por medio de movimientos patrimonialistas.

¿Qué se hace realmente cuando un movimiento ciudadano en nombre de la defensa del patrimonio se opone a la construcción de un Mall en el borde costero de Valparaíso? ¿Qué persigue una organización barrial cuando en nombre del patrimonio se opone a un proyecto inmobiliario por poner en riesgo un modo de vida tradicional urbano en Santiago? En ambos casos se hace evidente que, tras la retórica del patrimonio, lo que se realiza es una estrategia de oposición o resistencia a una nueva modernización, ahora

según las necesidades de la economía del consumo o el mercado inmobiliario. El patrimonio, y su lógica cosificadora del pasado, sirven para desplegar un "esencialismo estratégico" que permita dar una batalla, afirmar la acción en contra de unas formas de producción de riqueza que implica la destrucción de, quizá, el último reducto de la soberanía del sujeto: lo cotidiano. Lo defendido puede ser cualquier cosa, desde las prácticas de gratificación sensual del mundo popular (lo "guachaca"), hasta un modo de vida pequeño burguesa (lo "republicano") y, como es usual en las políticas de la identidad, dicho esencialismo afirma la acción al tiempo que simplifica históricamente y, para los casos aludidos, por ejemplo, termina obviando el antagonismo social que pueden hacer mejor comprensible tanto lo guachaca como lo republicano.

Si el patrimonialismo es la forma que han adoptado ciertas luchas o disputas con el poder, podríamos postular que es una de las formas que adopta la política "desde abajo" en la época del descrédito y agotamiento de la política. Sin embargo, no es solo asunto de reemplazo de designación, sino que —al igual que la política tradicional ya agotada— el patrimonialismo suprime igualmente de su representación la dimensión de futuro. Si la política de los grupos hegemónicos se vive como pura administración de lo existente (renunciando a todo intento proyectivo y de transformación social), en los grupos patrimonialistas la política se realiza en base a "reacción", "oposición" o "resistencia", al mero intento de "frenar" un proceso en marcha. El triunfo es precisamente detenerlo. Pero en ambos casos se trata de una política que ya no se juega entonces en el tiempo de la historia. Si esto es así difícilmente podemos pensar las "tácticas" patrimonialistas como prácticas contra hegemónicas. La oposición al *progreso* ha llegado tarde, toda vez que el poder ya no necesita de la lógica implicada en dicho moderno concepto. Es la política fuera de la historia.

Bibliografía

Alvear, S. (2007). Programa *Tolerancia Cero*, Santiago: Chilevisión.

Aravena, P. y Sobarzo, M. (2010). *Valparaíso: patrimonio, mercado y gobierno*. Concepción: Ediciones Escaparate.

Baudrillard, J. (1993). *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Barcelona: Anagrama.

Bauman, Z. (2005). *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.

Gil de Biedma, A. (2007). Patrimonios incómodos para la imagen que Barcelona ofrece al mundo. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, Vol. 5, N°3, pp. 287-305.

González, C. (1996). *Mercado laboral y transformación portuaria en Chile: el caso de Valparaíso*. Santiago: Programa global de formación en población y desarrollo sustentable, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales / Centro de Análisis de Políticas Públicas.

Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad*. México: Universidad Iberoamericana.

Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Madrid: IAEN / Traficantes de Sueños.

Leal, V. (2010). Entrevista realizada en el contexto del proyecto "Memorias de la sociología en Valparaíso", (Archivo personal).

Ricoeur, P. (1997). Memoria, olvido y melancolía (Entrevista con Gabriel Aranzueque). *Revista de Occidente*, N° 198, Madrid.

Rojas, S. (2009). Deshabitar la 'Postal', en *Las Obras y sus Relatos II*. Santiago: Ediciones Departamento de Artes Visuales, Universidad de Chile.

Vargas, D. (2019). *Valparaíso. La construcción de una imagen urbana de proyección mundial*. Santiago: Ril Editores / Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura, Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.

Colaboradores

Pía Acevedo Méndez. Licenciada en Historia, Universidad Diego Portales. Diplomada en Planificación y Gestión Urbana Integrada, Pontificia Universidad Católica de Chile. Magister en Gestión Cultural, Universidad de Chile. Dra © en Arquitectura y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile. Se ha desempeñado como docente e investigadora en universidades y se ha especializado en la investigación sobre patrimonio cultural y su tipología industrial en la Patagonia chileno-argentina. En la actualidad se dedica a la investigación y a la gestión de proyectos patrimoniales y museográficos.

Pablo Aravena Núñez. Profesor Adjunto del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso. Licenciado en Historia y Magíster en Filosofía con Mención en Pensamiento Contemporáneo, Universidad de Valparaíso. Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile. Se ha dedicado a la investigación y docencia en el campo de la Teoría de la Historia. Es autor de los libros: *Memorialismo, historiografía y política. El consumo del pasado en una época sin historia* (2009), *Los recursos del relato* (2010), *Pasado sin futuro. Teoría de la historia y crítica de la cultura* (2019) , *Un afán conservador* (2019) y *La destrucción de Valparaíso. Escritos antipatrimonialistas* (2020).

Alejandra Brito Peña. Licenciada y Magíster en Historia, Doctora en Estudios Americanos. Docente e investigadora de los departamentos de Sociología y de Ciencias Históricas y Sociales de la Universidad de Concepción. Sus principales líneas de investigación son la Historia Social, Estudios de Género, Industrialización y espacio urbano y Patrimonio Industrial. Es autora de numerosos trabajos sobre historia de mujeres, identidades de género y ocupación del espacio. En los últimos años se ha dedicado a investigar el patrimonio industrial en la zona sur de Chile, relevando las formas de habitar en poblaciones construidas en el marco de políticas de paternalismo industrial.

Valentina Fajreldin Chuaqui. Antropóloga social por la Universidad de Chile, Magíster en Salud Pública por la Universidad de Chile y Magíster en Bioética por la OPS-Universidad Nacional de Cuyo, Argentina, Doctora © en Antropología y Comunicación Universidad Rovira i Virgili, España. Se ha dedicado a la investigación, rescate y difusión del patrimonio antropológico en temas de salud en Isla de Pascua; ha desarrollado una serie de estudios e instrumentos de registro en patrimonio inmaterial